EL DOCTOR ANGÉLICO, MÁSCARA AUTOBIOGRÁFICA Y CONTRAPUNTO DE PALACIO VALDÉS. DE LA METAFÍSICA A LA NOVELA

Enrique Miralles García
Universidad de Barcelona

Con los *Papeles del "Doctor Angélico". Escenas de la infancia y adolescencia* (1911), Palacio Valdés dio vida literaria a un personaje, Ángel Jiménez, alias 'doctor Angélico', en clara identificación con el filósofo y teólogo por excelencia de la patrística cristiana, santo Tomás de Aquino. Le asignó el papel de hilo conductor en una trilogía constituida por esta primera obra, más los *Años de juventud del "Doctor Angélico". (Nuevos papeles del Dr. Ángel Jiménez)* (1918) y *La hija de Natalia. (Últimos días del "Doctor Angélico")* (1924), bajo una fórmula autobiográfica. El autor se limita a ejercer como editor de unos escritos que su personaje, antes de morir, le lega en su testamento, bastándole con ordenarlos, seleccionarlos y darles la forma debida. Estas tres obras, distanciadas en su fecha de publicación, apenas han atraído el interés de los críticos, fenómeno que se corresponde igualmente con los otros libros suyos de naturaleza memorialística, cuales son *La novela de un novelista* (1921), el *Testamento literario* (1929) y el *Álbum de un viejo. Segunda parte de "La novela de un novelista"* (1940), debido quizás a su carácter más discursivo que narrativo. La aridez de la lectura de los *Papeles*, disuade, por su contenido filosófico-religioso, al lector de nuestro tiempo y le priva de adentrarse en los dos títulos siguientes de la trilogía, de mayor entidad narrativa.

El autor implícito de esta autobiografía ficticia recibe los atributos de un personaje amigo y compañero de estudios de Palacio

Valdés, quien, al presentarlo, ofrece una explicación de su apodo: "¿Por qué le llamábamos *Doctor Angélico*?: Porque era ya doctor en Ciencias cuando nosotros cursábamos aún el año preparatorio de Jurisprudencia, y porque se llamaba Ángel, Ángel Jiménez. Una bromita de chicos que él no tomaba a mala parte, porque era la bondad personificada".[1] Las señas biográficas con que lo identifica coinciden en escasa medida con las del novelista, aparte de ser comunes a las de muchos estudiantes que se trasladaban a la capital de España para iniciar sus estudios universitarios: "hijo de un comerciante y banquero que residía en un pueblo importante del norte de España", marcha "a Madrid para seguir la carrera de Ciencias", y una vez concluida, es reclamado por su progenitor para que "le ayudase en sus negocios", a lo que él se niega, prefiriendo quedarse en la villa y corte sin recursos económicos. Por ello, sufre una serie de desdichas que terminan "cuando entró de redactor en un diario de la mañana, con doscientas pesetas mensuales de sueldo" (I, pp. 1275-6).

El padre de don Armando, don Silverio Palacio Cárcaba, a diferencia del de su personaje, no era banquero, sino abogado, pero se distinguía por ser el "primer contribuyente de la región", en tanto que su madre, doña Eduarda Rodríguez Valdés Alas, procedía de una familia de terratenientes[2]. El escritor de Entralgo jamás tuvo enfrentamientos con ellos; todo lo contrario, les profesó una profunda veneración y cariño, según deja constancia en varios lugares de sus escritos autobiográficos[3]. En lo que sí presentan semejanzas autor y criatura de ficción es en la marcha a la capital de España por la misma fecha de octubre de 1870[4], para emprender una carrera, la de Derecho y Administración en el caso de don Armando, junto a la temprana afición periodística de uno y otro. El futuro novelista, apenas se licenció en 1874, empezó a colaborar en los periódicos madrileños *La Política* y

---

[1] *Obras*, t. I, Madrid, Ed. Aguilar, 5ª ed., 1965, p. 1275. En adelante, las citas, por esta edición.

[2] Ángel CRUZ RUEDA, *Armando Palacio Valdés. Estudio biográfico*, Madrid, 1925, p. 13.

[3] Léase, por ej., el agradecimiento que expresa hacia su padre por cómo se enorgulleció cuando el novelista fue nombrado académico (*Testamento* literario, en *Obras*, t. II, ed. cit., p. 1284).

[4] Precisa Palacio Valdés en *La novela de un novelista*: "Llegó el momento de la partida. Era, si no recuerdo mal, el día primero de octubre, cuatro antes de cumplir los diez y siete años. Mi padre me acompañó hasta Oviedo. La silla de posta salía por la noche de la plazuela de la Catedral, donde se hallaba la casa del Correo" (*Obras*, ed. cit., t. II, p. 808).

El Cronista. En este último, fundado por Luis Navarro y por Medina, entró como redactor, recibiendo su primer sueldo: "al finalizar el mes me entregaron veinticinco duros"[5]. Se incorporó luego a la redacción de la *Revista Europea*, dirigida por el mismo Medina una vez que éste se había separado de su socio Navarro, y de la cual llegó a ser director entre 1877 y 1879[6]. En ella fue seriando diversas semblanzas críticas sobre escritores e intelectuales españoles contemporáneos, una selección de las cuales reprodujo en los libros *Los oradores del Ateneo*, *Los novelistas españoles* y *Nuevo viaje al Parnaso* (1878-1879): "Esto me aficionó a la literatura; escribí poco después mi primera novela y yo, que aspiraba a ser un filósofo como una casa, me vi convertido a los pocos años en un frívolo narrador de aventuras galantes. ¡Así confunde Dios la soberbia de los hombres!"[7]. Añadiremos, para rematar este punto, que también colaboró, en lo que resta de la década, en la *Revista de Asturias*[8] y en *El Imparcial*, de Madrid.

Palacio Valdés, en su función de editor de los *Papeles*, concluye la breve presentación de su amigo, señalando que no lo volvió a tratar hasta el cabo de mucho años, ya en plena vejez de ambos. Por aquel entonces vivía su personaje en "una casita aislada con jardín en uno de los barrios extremos de Madrid. Allí habitaba, servido por un ama de gobierno y algunos criados" (I, p. 1277). El nuevo contacto permitió que reanudaran la antigua amistad, la cual se mantuvo hasta la muerte de don Ángel y gracias a esta feliz relación, el novelista se convirtió en depositario de sus escritos, optando por hacerlos públicos, después de seleccionarlos y mejorar su redacción.

Los *Papeles del "Doctor Angélico"*, se componen de notas sueltas, de varia factura y contenido, con el resultado de confor-

---

[5] Ángel CRUZ RUEDA,, ob. cit., p. 81.

[6] En el *Álbum de un viejo* indica, sin embargo, que empezó a dirigirla nada más entrar en la redacción: "Aunque yo no contaba entonces más de veintidós años, dirigía la *Revista Europea*, una de las dos más importantes revistas que se publicaban en España por aquel tiempo" (II, p. 830).

[7] Ángel CRUZ RUEDA, ob. cit., pp. 81-82.

[8] Véase Brian J. DENDLE, "Ocho artículos no recogidos de Armando Palacio Valdés publicados en revistas asturianas, 1878-1881", *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, nº 147 (1996), pp. 149-152; y más recientemente, Álvaro RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, "Palacio Valdés y la *Revista de Asturias*", en *Palacio Valdés. Un clásico olvidado 1853-2003*, edición de Elena Lorenzo Álvarez / Álvaro Ruiz de la Peña Solar. Laviana: Excelentísimo Ayuntamiento de Laviana, 2005, pp. 315-328.

mar "una biografía, aunque más interna que externa", por cuanto estaban escritos "para descargarse de sus impresiones"; un conglomerado, en definitiva, revelador de un carácter[9] o, por mejor decir, de un pensamiento filosófico y moral. Se trata de una obra abierta donde se dan cita los aforismos, las reflexiones, algunas de ellas tan extensas que alcanzan la categoría del ensayo, semblanzas y microrrelatos, a la manera de los ejemplarios instructivos de la tradición cuentística. Todo este aluvión de materiales se dirige, no obstante, a un mismo destino: exponer una doctrina existencial del ser humano, a la luz de una filosofía, una moral y una religión, cuyas pautas originan una especie de tratado educativo sentimental e ideológico. Convendrá, por consiguiente, fijar bien los principios organizadores de material tan desestructurado, a fin de ponderar la coherencia interna de un pensamiento y en qué medida pertenece éste al autor implícito (el doctor Angélico) o al autor explícito (Palacio Valdés), así como parangonarlo con los objetivos de las dos novelas atribuidas al mismo narrador, *Años de juventud del "Doctor Angélico"* y *La hija de Natalia*.

El apartado inicial de los *Papeles*, que lleva por título "La sorpresa", entraña simbólicamente un despertar a la vida, comienzo similar al de *Niebla* de Unamuno y al *Cántico* de Jorge Guillén, estos naturalmente bajo distinta fórmula: "Más de una vez me acaeció despertar, tras un corto sueño durante el día, tan sorprendido de mi existencia como si realmente naciese en aquel instante (...) Aquel despertar antojábaseme un sueño, y apetecía dormir para despertar realmente" (I, pp. 1278-9). El Universo y la existencia se le antojan al doctor Angélico secretos indescifrables, que intentará desvelar de la manera más racional posible de acuerdo con su experiencia vital. La sarta de reflexiones suyas asedian tales misterios con el propósito de acertar con una explicación, que ya lo podemos adelantar, no será en ningún caso ple-

---

[9] Tal como lo define en su artículo *Estética del carácter* (1890), estudiado por Pilar CRIADO TORIL: "Elabora en este artículo una descripción de lo que para él es el carácter entendido como uno de los pilares sobre los que se asiente la construcción de la novela naturalista y todo ello desde un planteamiento filosófico y cristiano" ("Armando Palacio Valdés y la *Estética del carácter*", en *Palacio Valdés, un clásico olvidado 1853-2003*, ed. de Elena de Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar, Laviana: Excelentísimo Ayuntamiento de Laviana, 2005, p. 90). Abunda el novelista en el concepto en muchos lugares de su teoría literaria, especialmente en el artículo "La estética", de su *Testamento literario*: "En el estudio y la expresión de los caracteres (no en la *creación*, como suponen algunos estéticos) es donde se halla el punto culminante de la novela", II, p. 1273).

namente satisfactoria, pues siempre quedará un margen de duda, debido a la complejidad y contradicciones inherentes del problema. La única respuesta que cabe derivará en última instancia de una solución religiosa: arrojarse en brazos de la fe, desde la aceptación de las limitaciones de la razón humana.

Veamos los temas dominantes que presiden la obra. El más recurrente se centra en la felicidad y en el dolor, en forma de una oposición dialéctica, asociada al binomio del bien y del mal. Se parte de una premisa: que en el mundo imperan "toda clase de pasiones, desde la envidia rastrera hasta el sublime heroísmo" (I, p. 1284), consustanciales a la naturaleza humana desde sus orígenes, reproduciéndose interminablemente a través de todas las generaciones. Da fe de ello el comportamiento de los niños, según se desprende de la observación directa que inspira el apartado "Sociedad primitiva" (I, pp. 1823-5), en el que una niña, Angelina (reparemos una vez más en la onomástica simbólica -Ángel y Angelina- en la obra de Palacio Valdés), sufre las agresiones infantiles de unos chicos de su edad, salvo de uno, a quien querrá expresarle su agradecimiento, pero él se desentiende de tal manifestación. Se nos muestra así la esperanza de una justicia reparadora, defensora de los débiles y castigo de los malvados, que abundará en el desenlace de varias anécdotas y cuentecillos, sea en este de pequeños agravios, o en acciones más infames, como una estafa, o hasta un crimen. En la secuencia "Resiste el malvado", el doctor Angélico piensa que la justicia es una conquista de la civilización, frente a la tesis de Tolstoi (citado a menudo por el novelista asturiano en sus escritos memorialísticos), partidario de la norma evangélica de no resistir al malvado, una utopía sólo factible en un estadio superior de la Humanidad, el de un mundo más civilizado que el actual, en el que sólo vale el castigo[10] a la espera de un futuro mejor: "Para que el reino de Dios venga a nosotros, es necesario que la espada lo prepare" (I, p. 1329).

Ejemplifican este sentido reparador de la justicia varios microrrelatos. En "Las defensas naturales" (I, pp. 1357-1362),

---

[10] En el *Álbum de un viejo*, frente a la tesis de Emersón, en su libro *Compensación*, de que la felicidad y la desgracia están igualmente repartidas entre los humanos, de donde se deduce "que no es necesaria sanción alguna para la vida humana", Palacio Valdés puntualiza: "Es una gran verdad, pero no es una verdad absoluta. No hay más verdad absoluta en el cielo de nuestro pensamiento que la caridad (…) Para que la justicia aparezca es necesaria la sanción" (p. II, 829). Más cantos sobre el amor y la caridad pueden leerse en "La iluminación" (II, pp. 875-6) y en el *Testamento literario* (II, p. 1266).

que discurre en el medio asturiano, un personaje llamado Morales se enriquece a base de timos sobre la explotación de terrenos valiosos para la minería, hasta que un día le estafan a su vez dos banqueros, pero él sabrá astutamente corresponderles con la misma moneda. En otro cuentecillo, "Las burbujas" (I, pp. 1296-8), el protagonista, Curro Vázquez, quiere enriquecerse a toda costa y para ello asesina a su amo con el propósito de robarle, pero termina por descubrirse su culpabilidad. El desprecio hacia el prójimo, que puede, por lo tanto, llegar a una violencia extrema, se paga cuando menos con la infelicidad, a falta de un castigo mayor, tal como se desprende de otra breve narración, al estilo de los cuentos rurales de Pardo Bazán o de Blasco Ibáñez, que retratan un ambiente sórdido; en el caso de los *Papeles*, circunscrito a unos parientes del doctor Angélico, familia compuesta por la madre, sus tres hijas y el hijo varón, que vive regaladamente a costa de ellas. El narrador acude a su casa y en el diálogo que mantiene con las mujeres compara al beneficiado con el zángano de las abejas, sin medir las consecuencias de su comentario, pues dichas mujeres deciden eliminar al varón, imitando a la especie animal. Más tarde, en una siguiente visita, el doctor las amonesta con un discurso en el que expresa su "admiración para los seres libres, que son los únicos que viven realmente", porque ejercen la caridad, todo lo contrario del mal, que, como en el caso de las las abejas, mata lo que estorba, "que son las apariencias de aquello que sólo tiene realidad", pues en lugar de practicar el amor, rehuyen del mundo, "hecho para el espíritu, y el espíritu se ha hecho para el amor" (I, p. 1321). Esta familia sufrirá las consecuencias del crimen al tener que vivir bajo el peso de la mala conciencia. Hasta el propio doctor, incluso, se aplica la lección, aunque sea por una causa venial, según deja traslucir el ejemplo de "Un testigo de cargo", que expresa su estado de ánimo después de abandonar a un perro desamparado: "Jamás pude olvidarlo. Y al acordarme de él, no puedo menos de pensar que cuando algún día me vea ante el supremo tribunal de Dios, y se juzguen todos los actos de mi vida, y se cuenten mis faltas y desaciertos, he de verlo aparecer, con su hocico peludo y su aspecto dolorido, a dar fe de mi cruel egoísmo" (I, p. 1287).

La semblanza que se desprende de esta autobiografía interna a golpes de experiencias propias y ajenas, elevadas a categoría, no aspira a una hagiografía de virtudes heroicas, sino a un paradigma que acierte con un equilibrio entre los extremos del altruismo o de la caridad religiosa y el egoísmo o el odio salva-

je latente en los seres vivos. Lo primero conduce a un mundo perfecto y a la felicidad suprema, imposibles de alcanzar; lo segundo entraña una regresión a un primitivismo animal ("lo único que degrada realmente al hombre (...) el único que le hace retroceder velozmente hacia la fiera", I, p. 1346). "Terapéutica del odio" proporciona unas serie de recetas prácticas impostadas por un conformismo burgués: alimentar el sano orgullo significa conocerse a sí mismo y, en consecuencia, sentirse superior, un mal menor lejos de la virtud evangélica, porque "nos hará indiferentes a la simpatía y a la antipatía de los demás" (I, p. 1347). Otro remedio, este más cristiano, es el de la piedad: "Si logras compadecer, toda tu saña se fundirá inmediatamente, como la nieve al influjo de un rayo de sol." (I, p. 1348). Son fórmulas, como se ve, ponderadas y muy pragmáticas. Menudean otras más en el salpicón de proverbios y reflexiones que nutren el apartado de "Gloria y oscuridad", a propósito del éxito social, que termina por provocar el odio, pero tampoco es buena solución aislarse de los demás: "No huyamos, pues, vivir de ellos; pero guardémonos de despertar su envidia" (I, p. 1352). Esta máxima se ejemplifica con una anécdota atribuida a Fargues, en la época de Luis XIV, quien disfrutaba de un retiro solitario, tras haber caído en desgracia, pero al cabo de un tiempo tuvo la mala ocurrencia de ejercer la hospitalidad de forma deslumbrante, provocando con ello la envidia del monarca y su posterior desgracia. Moraleja: "Sólo quien no aspira a sobresalir y renuncia a las ventajas materiales de poder y de riqueza, consigue dar un fundamento firme a su felicidad." (I, p. 1352).

El doctor Angélico (/Palacio Valdés) vuelve a abundar en esta misma filosofía en otra serie de proverbios y reflexiones, "Experiencias y efusiones" (I, pp. 1367-1377), marcados por una alabanza al "aurea mediocritas", consejas dirigidas a conseguir un término medio entre el odio y el amor, la felicidad y el dolor: "en este promedio vulgar se encuentra, por desgracia, este pobre hombre a quien llaman el *Doctor Angélico*" (I, p. 1375), la misma imagen que postula don Armando en el *Álbum de un viejo* ("El término medio", II, pp. 838-9), bajo el lema de que la moderación es la clave de la vida: Shakespeare, "el más grande de todos [los poetas] adoptó un término medio". Tal dialéctica moral y existencial recorre transversalmente los *Papeles* y de ella se hace doctrina, ilustrada con oportunos microrrelatos. El escritor de Entralgo la desarrolla por medio del género dialógico, en conversaciones de su personaje con un interlocutor cual-

quiera, incluso él mismo, el novelista. Por ejemplo, el "Intermedio del editor" (I, p. 1303), se organiza con un cruce de reflexiones entre ambos a raíz de un lamentable suceso: ocurre que durante un paseo han visto a una niña que era maltratada por su padrastro, y esto lo interpretan como una clara manifestación del mal. Se esfuerzan en encontrarle un sentido. Don Ángel, que es quien lleva el peso de la argumentación, acude a las autoridades de Schopenhauer, Leibniz y Rousseau, aceptando el hecho de cada uno de estos filósofos lleva parte de razón, pero ninguno le convence del todo por cuanto soslayan la premisa básica de "que la vida puede ser considerada como buena y como mala al mismo tiempo" (I, p. 1309). Rechaza, en consecuencia, el maniqueísmo y opta por el sincretismo que hemos señalado. Palacio Valdés atiende a sus razonamientos, limitándose a estimular a su interlocutor con debidas preguntas encaminadas a sostener la tesis de que la voluntad individual está inserta en la voluntad colectiva, que fue en su estado orginario de libre albedrío cuando aquella generó el mal y desde entonces no pudo librarse de él, una idea que se enraiza en el mito adánico: "Para que tal responsabilidad tenga lugar, necesario es que ese agente libre sea la raíz misma del género humano; que no sea un individuo en el sentido corriente que damos a esta palabra, sino un individuo primitivo que encierre dentro de sí el germen de todos los demás individuos que componen la Humanidad. Sus actos no serán solamente individuales, sino universales, porque en él estaba presente la Humanidad entera. Existe, pues, un desorden esencial, fundamental, en la Humanidad, que es el origen del mal; este desorden es el efecto de una caída, de una degradación; esta caída es la obra de nuestros primeros padres" (I, p. 1313).

El proceso dialéctico entre la voluntad individual y la voluntad colectiva, partiendo del principio de que el individuo forma parte de un todo Absoluto, vuelve a ser el tema dominante de otro diálogo, esta vez entre don Ángel y su amigo Mediavilla (I, pp. 1333-1335): "Las conciencias de los seres que existen dentro de nosotros forman nuestra conciencia; nuestras conciencias forman la conciencia de nuestra raza; las conciencias de nuestras razas forman la del planeta; las de los planetas forman la del sistema solar..., y así sucesivamente, hasta llegar a la conciencia absoluta, que no puede ser otra que la del gran Universo" (I, p. 1334). La tesis proviene del filósofo alemán Fechner, por quien Palacio Valdés expresa su admiración en otros lugares, particularmente en *La novela de un novelista* (II, pp. 764-765). Con

todo, al igual que en otros razonamientos, don Armando no se muestra convencido del todo y manifiesta, en última instancia, cierto escepticismo similar al que distinguía a don Juan Valera[11], pues, a través de su personaje, postula que no existe una unidad de conciencia entre los hombres, sino que cada ser humano la tiene distinta. Aporta unas cuantas anécdotas para demostrar que en cada persona se oculta alguna virtud, como es el caso de don Robustiano, quien hacía gala de un profundo menosprecio hacia sus semejantes, pero que se comportó como un santo en su lecho de muerte (I, p. 1294); o el de Perico el Bueno, compañero de infancia del doctor, cuya conducta desautorizaba su apodo, pues se mostraba rebelde y desafiante, amparándose en la teoría nietzscheniana del superhombre que impone su voluntad, lo que no obsta, sin embargo, para que en un rapto heroico de generosidad, muera en el intento de salvar a un niño durante un incendio.

Subsidiariamente al tema de la felicidad y el dolor, acompañan otros motivos más puntuales, dentro de un pensamiento global que sintoniza con las tesis de los discursos memorialísticos del novelista asturiano[12]. Conciernen a una visión espiritualista y subjetiva de la realidad, al amor y la caridad para con el prójimo, al papel de la mujer y a los sentimientos religiosos. En ellos se cifran los grandes interrogantes sobre el destino del ser humano, preguntas que no encuentran una respuesta definitiva, ofreciendo fisuras, abriéndose a un mar de dudas, en una tensión intelectual incapaz de encontrar una síntesis feliz: "mi espíritu se columpia sin cesar, pasando del más alto optimismo al pesimismo más desesperado" (I, `p. 1375), confiesa el autor en un alarde de sincero autorreconocimiento: "a los tres años de edad era ya lo que fui después toda mi vida; un conservador forrado de socialista, o un socialista forrado de conservador, como mejor se quiera" (*La novela de un novelista,* II, p. 710). Identificándose con su personaje, el doctor Angélico, lo sitúa en un punto equi-

---

[11] Véase Arturo GARCÍA CRUZ, *Ideología y vivencias en la obra de D. Juan Valera*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1978.

[12] Ver, al respecto, por lo que se refiere al *Álbum de un viejo*, el desglose de los contenidos que componen los 49 artículos de esta obra, en su mayor parte de orden moral, filosófico y religioso, José María MARTÍNEZ CACHERO, "Póstumo Armando Palacio Valdés: sobre *Álbum de un viejo*", en *Palacio Valdés, un clásico olvidado 1853-2003*, ed. de Elena de Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar, Laviana: Excelentísimo Ayuntamiento de Laviana, 2005., pp. 237-244.

distante entre los agentes del odio y del amor, entre el materialismo y el espiritualismo, entre el primitivismo y el progreso[13], entre el optimismo y el pesimismo.

Sobre el materialismo filosófico se ocupa en el apartado "Opacidad y transparencia" (I, pp. 1287-1291), delegando su defensa en el doctor Mediavilla, quien intenta demostrar el paralelismo entre los fenómenos del mundo físico y del moral. La realidad, no obstante, desmiente la teoría, según se deduce de la pequeña historia de un ateo, el coronel Barrios, materialista recalcitrante, arrepentido por la muerte que causa a un enemigo durante la guerra de Cuba ("La muerte de un vertebrado", I, pp. 1279-1281). Esta y otras corrientes filosóficas que han venido sucediéndose desde la antigüedad clásica hasta los tiempos modernos no proporcionan una respuesta satisfactoria ante los misterios de la vida. El doctor Angélico, portavoz en este sentido del autor, tan aficionado como él a la filosofía[14], acaba por desengañarse de las doctrinas de los grandes maestros, tal como lo ilustra una anécdota muy reveladora, "Pitágoras" (I, pp. 1362-1367), protagonizada por un amigo de sus años jóvenes, Amorós, al que le habían puesto como apodo el nombre del filósofo griego por su amor obsesivo hacia la filosofía. Unos contratiempos familiares y económicos le llevaron a las puertas de la muerte, tras un intento de suicidio, pero una vez repuesto del trance, le cuenta al doctor las visiones que tuvo durante su agonía, en las que se le aparecieron Platón, Locke y Leibniz, quienes le lanzan unos discursos contrarios a las teorías que habían defendido en vida, prueba todo ello, con tal palinodia, de su arrepentimiento[15].

La frustración intelectual de don Ángel se compadece con la

---

[13] El tema del progreso que mejora la Humanidad, pero el moral y espiritual, no el material. En el presente hay un retroceso ("Los siglos de fe", *Álbum de un viejo*, II, pp. 823-4).

[14] Hay muchas confesiones abiertas de Palacio Valdés sobre esta inclinación intelectual suya. Por ejemplo, en *La novela de un novelista* declara lo siguiente: "Paralela a esta afición literaria comenzó a correr en mi existencia otra a la cual debo quizá aún mayores y más solidos placeres: la afición a los libros de historia, de filosofía, de crítica y de ciencia social" (II, p. 783) O cuando le replica a un periodista que estaba escandalizado por ello ("¡Amante de la filosofía un hombre que escribe una novela todos los años!"), diciéndole: "Pues bien sabe Dios que es la verdad. Lo sabe Dios y lo sabía mi buen amigo Ángel Jiménez, por otro nombre el *Doctor Angélico*, cuyos papeles he publicado hace años" (*ibid.*).

[15] "Se dice que los libros son los lentes con los cuales podemos ver con más claridad los fenómenos y relaciones del mundo. Será cierto; pero el que tiene buena vista no necesita anteojos. Los muchos libros turban la inteligencia y estropean el estómago. En mi novela *Años de juventud del doctor Angélico* podrá ver el lector cómo he dado forma plástica a esta idea" (*Testamento literario*, II, p. 302).

de su creador, en el sentido de buscar como único refugio el amor, el arte y la fe religiosa, motivos todos ellos recurrentes en las páginas valdesianas. El discurso amoroso más significativo de los *Papeles* lo pone en boca del poeta Rojas cuando habla de la mujer ideal, en "Inteligencia y amor" (I, pp. 1299-1301), empedrándolo con una ristra de máximas y llegando a la conclusión de que "el mundo se ha hecho para el espíritu, y el espíritu se ha hecho para el amor", lema que se repite en otros lugares memorialísticos: "Quien ama pone el pie en el sagrado recinto de la libertad, vive en el centro de la Creación; es él mismo un creador" , se lee en el *Álbum de un viejo* (II, p. 828); y en los *Papeles*: "Amor y felicidad son dos términos sinónimos" (I, p. 1299)[16].

En cuanto al consuelo que ofrece el arte, basta con leer las varias reflexiones incluidas en "Experiencias y efusiones" (II, pp. 1367-1377), si bien no compensa lo mismo que el amor y la fe: "El arte es la forma más noble de vivir para sí. Por eso, ni aun el arte puede darnos la dicha" (II, p. 1372), por lo cual sólo sirve si está al servicio de una finalidad religiosa (cf. "Arte arcaico", II, p. 1337). Es esta motivación la única capaz de atemperar el dolor, de dar fortaleza frente a las desgracias, de facilitar el arrepentimiento por las malas acciones y de traspasar los lindes de la metafísica. Sea cualquiera la problemática que planteen los *Papeles* se aboca siempre a tal solución feliz, sobre todo en las secuencias más reveladoras de la intimidad del narrador. "El minuto fatal", por ejemplo, revela horas amargas, de desaliento y búsqueda de un consuelo divino cuando don Ángel pierde su confianza en el doctrinarismo filosófico (I, p. 1299). En "La procesión de los santos" este se suma imaginariamente a los fieles que siguen a Cristo y persiste en su empeño, a pesar de haberse quedado rezagado de la corte celestial (*ibid.*, pp. 1340-1). En "Theotocos", donde relata una excursión al santuario de la Virgen de Aránzazu, muestra sus tribulaciones: "Fatigado de tanto y tanto voltear en los abismos de la metafísica, mi alma se inclinaba hacia la fe de Cristo; una vez llega a su destino, ya se siente exultante (*ibid.*, pp. 1355-7). Y, por supuesto, en la enseñanza que se deriva del epílogo de esta obra, "Último paseo del doctor Angélico", especie de testamento espiritual de Palacio

[16] Cf. También, "La iluminación", en *Álbum de un viejo*, II, pp. 875-6, y el *Testamento literario,* II, p. 1266.

Valdés, en el diálogo que mantiene con su personaje (II, 1393-1411).

Con estos trazos morales se ha ido perfilando la imagen interna, el carácter de un ente de ficción coincidente en buena medida con la semblanza del novelista, contrapunto suyo al emplazarlo como interlocutor para dinamizar un dialéctica necesaria al razonamiento filosófico, pero a la vez máscara autobiográfica tras la cual pueda ocultarse a las miradas indiscreta del lector. Por ello le delega una autoría que se extiende a las dos obras siguientes de la trilogía. La primera, los *Años de juventud del "Doctor Angélico"* (1918), donde aun quedan residuos del formato ensayístico de los *Papeles*, dentro de un contexto ficcional, en el que el narrador minimiza su anterior papel de sujeto, en pro de integrante de una acción.

De los doce capítulos que componen la Primera parte, los once primeros se reducen a una sucesión de semblanzas de distintos personajes, todos ellos congregados en el espacio de la pensión madrileña[17] y en el tiempo que duran los estudios universitarios del alter ego valdesiano durante la década de los setenta. Se trata más de unas páginas costumbristas y memorialísticas que de una novela. El autobiografismo, pese a su carácter fictivo[18], se pone de manifiesto desde el mismo arranque del libro, pues viene a ser este una continuación del final de *La novela de un novelista (Escenas de infancia y adolescencia)*,

---

[17] Sita en la calle de Silva, "una modesta posada regida por una señora viuda de un traductor español de obras de Chateazubriand, dama cariñosa y distinguida" (Adolfo POSADA, *Leopoldo Alas, Clarín*, Oviedo, 1946, p. 16). Allí convivió Palacio Valdés con sus amigos de infancia Clarín y Tomas Tuero. "Desde la calle de Silva saltan a la de Capellanes, y de aquí a otras muchas pensiones" (Manuel FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ-AVELLO, *Tomás Tuero: la leyenda de un periodista*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1958, p. 38).

[18] Compárese con la técnica autobiográfica de *La hermana San Sulpicio*, donde también el narrador es un agente interpuesto entre el autor y el lector, como cualquier novela omnisciente de Palacio Valdés, pues en ella se encuentran "las mismas intervenciones e intromisiones del narrador" que en el resto de su novelas (véase, al respecto, Souad RAGALA, "El narrador en las novelas de Palacio Valdés", *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, núm. 24 (1999), pp. 283-294). Coincide el crítico con la voz autorizada de Guadalupe GÓMEZ FERRER, al explicar el uso cada vez más acentuado del autobiografismo en su trayectoria litearia: "Todo nos induce a pensar que el autor se encarna de alguna manera en sus propios personajes y vuelca sus experiencias en un proceso psicológico que, novelísticamente expuesto, conduce a la formación del hombre nuevo" (cit. en José Luis CAMPAL FERNÁNDEZ, "Armando Palacio Valdés ante la crítica", *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 159 (2002), p. 16).

más que de los *Papeles*, entroncado con la expectativa de aquel cierre: "¡Adiós dulce infancia!, adiós adolescencia soñadora! Allá abajo me esperan la casa de huéspedes sórdida, la indiferencia desedeñosa, la hostilidad irracional, el placer sin alegría, el pecado, el remordimiento (…) ¡Adiós! ¡Adiós! Adán salió del Paraíso" (809)[19].

La verdad es que estos temores carecían de fundamento, a tenor del panorama que presenta en los *Años de juventud del doctor Angélico*, pues los compañeros de la residencia madrileña muestran una faceta amable y simpática. El contraste entre las dos lecturas, la de la angustia infantil del autobiógrafo-real, y la adulta de su personaje autobiógrafo-ficticio, resulta un claro exponente de los efectos del signo literario fundado en un desdoblamiento. Por este primer escenario desfilan: Pasarón, joven consagrado al estudio, quien llega a convertirse en una eminencia en el campo de la Filología, cual un Menéndez Pelayo; Sixto Moro, representante de una juventud inconformista con sus aires revolucionarios, y el geólogo Martín Pérez de Vargas. Personajes ya de menor entidad son los primos Mezquita, Pepito Albornoz, Carlos de Jáuregui y Antonio Grimaldi. Basta una anécdota expresiva para esbozar sus respectivos retratos. Terminado el desfile de personajes, empieza a forjarse un argumento, falto aun de coherencia y con digresiones de relleno, donde se anudan las historias personales de Sixto Moro y de Pérez de Vargas, al hilo central de las Natalias, madre e hija, en esta novela y la siguiente, con un narrador cada vez más involucrado en las vidas de sus protagonistas.

Paralelamente al entrecruzamiento de lances narrativos, fluyen unos discursos de contenido filosófico bajo la fórmula dialogante desarrollada en los *Papeles*, en torno a los consabidos temas y otros afines, como la disyuntiva entre contemplación y acción, tan grata al noventayochismo, traducida aquí en la dedicación a la ciencia a costa del vitalismo, a través del ejemplo de Pasarón (Parte I, cap. X, Parte II, cap. X), y sobre el que Palacio Valdés también divagará en su *Testamento literario*. Otras dos

---

[19] El ciclo del autobiografismo infantil se abrió con el título "Adán en el Paraíso" (cap. I) y se cierra con "Adán, expulsado" (cap. XXXVIII) de un espacio privilegiado, Asturias, imaginario del hogar, del refugio, del lugar de identidad, frente a Madrid, el mundo del adulto, de la modernidad. Sobre esta oposición, véase el interesante artículo de James D. FERNÁNDEZ, "Autobiografía vs infancia de Armando Palacio Valdés", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 617 (2001), pp. 15-20.

digresiones filosóficas las constituyen una conversación entre el doctor Angélico y Pérez de Vargas (Parte II, cap. V), y otra entre este último y Sixto Moro (Parte II, cap. VII). La primera de ellas tiene especial interés por cuanto aborda el tema del regeneracionismo, motivo clave de la última novela del autor asturiano, *Sinfonía pastoral* (1931)[20], aunque en este escrito anterior parece dictado como una réplica al planteamiento de Galdós en *El caballero encantado* (1909). Ambas visiones, la galdosiana y la valdesiana, se despliegan desde un entramado narrativo, episódico en el caso de los *Años de juventud del doctor Angélico* (Parte II, cap. VI), que tiene como protagonista a Pérez de Vargas. Este, después de haber triunfado en la vida, sufre una grave crisis espiritual, a raíz de la lecturas de las novelas de Tolstoi y Dostoyevski, solidarios con las clases trabajadoras. En consecuencia, él se lanza también "en busca de aventuras santificantes" y, al igual que el personaje galdosiano, recorre en plan vagabundo por la geografía manchega quijotesca, encuentra trabajo, primero como jornalero y luego como albañil ("di comienzo con alegría a las humildes tareas que en mi opinión iban a regenerarme", I, p. 1498), pero se lleva una enorme decepción en el trato con los obreros, llegando a la conclusión de que el papel histórico de las masas no puede ser otro que "ser dirigidas, educadas, castigadas, y, si hace falta, deben ser trituradas y fundidas…" (I, p. 1495). Muy distinto es el mensaje de Galdós, quien aboga por la lucha de las clases trabajadoras hacia un porvenir de progreso igualitario, bien es cierto que bajo la dirección de una élite responsable y comprometida, representada en su novela por el marqués de Tarsis y su compañera Cintia, que se regeneran con éxito. Tampoco Palacio Valdés, conviene precisarlo, comparte la teoría elitista y autoritaria de su personaje Vargas, pues no simpatiza con los movimientos revolucionarios, sino que propugna el mantenimiento del orden y del status social. En el diálogo entre el doctor Angélico y Pérez de Vargas, pone en evidencia las contradicciones que encierran las tesis de este último, si bien no descarta la aspiración utópica de que surja del seno de las masas "el verdadero hombre, el hombre simbólico (…) un hombre original" (I. p. 1501), capaz de dirigir los destinos de la Humanidad. En el fondo, pues, las fórmulas regeneracionistas de

[20] Lo abordo con más detalle en un artículo (en prensa), "El regeneracionismo bucólico tardío de Palacio Valdés, frente al de Pereda y Galdós", destinado a las *Actas del III Congreso Internacional Armando Palacio Valdés y su obra.*

Galdós y de Palacio Valdés no resultan tan dispares.

El segundo diálogo, entre Pérez de Vargas y Sixto Moro, en presencia de D. Ángel, se convierte en un breve debate sobre el tema del amor. Mientras el uno lo sobrepone a cualquier otro placer, el otro aboga por igualarlo a cualquier satisfacción de naturaleza espiritual o intelectual. No se profundiza más en el asunto, al haber sido objeto de mayor calado en *Los papeles*, donde el dilema se resuelve con una solución metafísica y religiosa.

Tales digresiones apenas laminan de todos modos el curso narrativo de la novela, a lo sumo lo ralentizan temporalmente, pero resultan una clara muestra del intelectualismo filosófico valdesiano, agudizado en su vejez a costa de su faceta creadora. El texto de la novela, a falta de un cauce concreto, se remansa en algunos rincones, con personajes que aparecen y desaparecen sin explicación alguna; discurre entre saltos temporales, cuyas elipsis se cubren sumariamente; se distrae en episodios intranscendentes, tales como la pasión amorosa del narrador hacia una rusa y el enfrentamiento tragicómico con el celoso marido, o bien su presencia en una comida a la que acude también el embajador de China, salpicada de anécdotas al modo de la vis satírica de Larra. La existencia del doctor Angélico tanscurre, así pues, sin lances memorables, en contacto con otras ajenas igual de irrelevantes, conformando todo el conjunto una estampa de la vida madrileña muy desleída donde el yo autobiográfico termina por ceder el protagonismo al personaje de Sixto Moro y su entorno familiar en un final abierto que facilita una continuación a la novela siguiente. El discurso retórico de Pérez de Vargas en el último episodio, con su canto a la amistad, pone colofón al mensaje que patrocina la novela, el del valor de la sociabilidad sustentada en los mutuos afectos: "Lo único que hace a la vida digna de ser vivida, lo único que la justifica, son los afectos tiernos que nacen dentro de ella" (I, p. 1540).[21]

La trilogía se completa con *La hija de Natalia. Últimos días del "Doctor Angélico"*, ahora ya con todas las patentes novelís-

---

[21] En el *Album de un viejo*, el novelista vuelve a reafirmarse en la tesis: "En las memorias del doctor Ángel Jiménez, que he publicado hace bastantes años con el título de *Papeles del doctor Angélico*, se lee el siguiente pensamiento: "Vive solitario, vive solitario... No vivas demasiado solitario"./ Yo lo volvería del revés diciendo: "Vive en sociedad, vive en sociedad... No vivas demasiado en sociedad." (II, p. 874), matiz que explica convenientemente en el *Testamento literario* (II, pp. 1286 y ss.).

ticas al hilo de la vertebración autodiegética que, sin perder del todo su papel doctrinario, centra la historia en la hija de Sixto Moro, protagonista de un regeneracionismo espiritual, similar, como ya hemos indicado, al de Angélica, en *Sinfonía pastoral*. El argumento, bien sencillo, no carece de ciertos ribetes folletinescos. Natalia ha alcanzado la edad juvenil y su hermosura despierta la admiración de la distinguida sociedad madrileña. Esto, junto a la mala crianza que recibe, al consentirle su padre todo los caprichos, la convierten en una mujer frívola e inmadura. No repara, por ejemplo, en las tachas morales de su novio, Jorge Vivar, un donjuan libertino y majadero, ni es consciente del trance amargo que sufre su progenitor, cuando este es objeto de una calumnia que arruina su vida política y le ocasiona la muerte. Ante la pérdida del patrimonio familiar, se hacen cargo de la chica los condes de Malojal, y se la llevan a vivir a su finca de Los Jarales, en el sierra de Guadarrama, donde recibe las visitas del doctor Angélico y de otros amigos. Su prometido, tan pronto descubre la precaria situación económica en que ella se encuentra, decide romper el compromiso matrimonial. El drama se le complica aun más a Natalia desde el momento en que le requiere de amores su protector para desesperación de la condesa, que se suicida, desencadenando la tragedia familiar. Es entonces cuando la joven hace frente a la crisis y decide cambiar de vida, libre de cualquier atadura. Meses más tarde, don Ángel la encuentra en París durante uno de sus viajes por capitales europeas. Constata, al escuchar sus confidencias, la metamorfosis positiva de su personalidad, convertida ya en mujer independiente que sabe salir adelante con esfuerzos y sacrificios, y se compromete a protegerla, al tiempo que brota en él un sentimiento amoroso hacia ella. El tema moratiniano del viejo y la niña se resuelve en este caso con la solución honesta, al reconocer el doctor Angélico la improcedencia de sus aspiraciones, a la vez que favorece las relaciones de Natalia con el primogénito de la rica familia mexicana a cuyo servicio estaba como institutriz, y las precipita a un desenlace feliz.

Todavía quedan, sin embargo, algunos restos de reflexiones filosóficas en esta novela, pero sólo en el "Cuaderno primero" (caps. VI y VII. Al igual que su ahijada, el buen doctor llega a estas alturas de su vida a un grado de perfección moral: "si el Cielo me bendice, yo también ayudo al Cielo; soy, en parte, artífice de mi dicha. Reprimir la ambición, aherrojar el amor propio; no hay otro secreto para una vida feliz (…) empecé a trabajar con

ahínco por reformarme. Con placer puedo decir que el éxito coronó mis esfuerzos" (I, pp. 1557-8). Se refugia en un noble egoísmo de *aurea mediocritas*, lejos de las ambiciones del hombre de acción: "Todas las horas son claras, dulces, perfumadas en esta tranquila existencia que Dios me ha concedido" (*ibid*., p. 1563). Se siente feliz con sus recuerdos, los que han empedrado una autobiografía reducida a una sociabilidad con personajes amigos y conocidos, de quienes toca ya despedirse: "hemos vivido alejados largos años: cada cual por su lado trabajó en esferas distintas, alcanzó felices éxitos, sufrió reveses, se creó nuevas relaciones. Sin embargo, nunca nos hemos olvidado (…) Y ahora, al acercarse la vejez, las aguas vuelven a unirse antes de perderse en el mar del olvido" (I, p. 1564).

En este tramo final de la existencia de don Ángel cristalizan definitivamente la serie de respuestas a las preguntas que había venido formulándose a lo largo de la trilogía sobre el bien y el mal, la felicidad y el dolor, los misterios del amor y de la mujer, los éxitos y los fracasos, la confianza en la Humanidad y en el progreso, la vida activa o a la vida contemplativa, el optimismo o la desesperación[22], y, sobre todo, la fe religiosa. El discurso teórico de un principio, salpicado de microrrelatos y semblanzas, cuaja, no sin gran esfuerzo, en una novela, la de Natalia, un prototipo femenino de la generación burguesa, dispuesta a afrontar con éxito un proceso de regeneración física y moral, que se revela como único instrumento para conseguir la felicidad.

[22] Véase el pequeño relato "Pragmatismo", sobre unos viajeros perdidos en el desierto que van a morir de sed. Al creer ver un oasis se desalientan aún más, pero un joven del grupo les infunde ánimos diciéndoles que alimenten esta ilusión hasta los últimos instantes (I, pp. 1295-6).